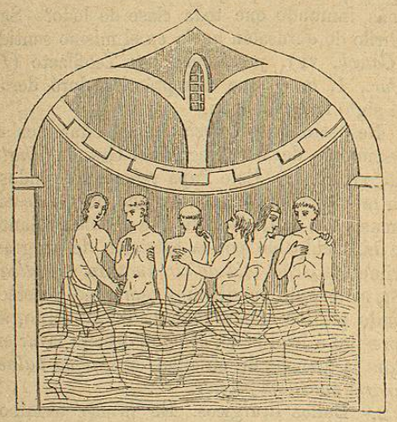
espera ceñido, dispuesto á untar y á secar (el cuerpo), *jam balneator praecinctus expectat, quod unctui, quod tersui opus est praestiturus.* Vese aquí que la profesión de *balneator* era una de las que los primeros cristianos podían ejercer (véase Lami, *De erudit. apostolor.*, p. 230); y el *balneator* que espera al catecúmeno está representado en ese texto de San Zenón con todos los instrumentos de esta profesión, el vaso de perfumes, la estrígila ó escobilla, la sábana para secar el cuerpo.

A los ministros del altar es á quienes, sobre todo, se prescribía el baño en ciertas circunstancias, especialmente la víspera de las más notables fiestas, y á esta clase de baño es á la que se da, rigurosamente, el calificativo de *litúrgico* que nosotros le hemos dado.

Una inscripción antigua de la colección de Reinesius (p. 1001, n. 442) prueba la existencia de un baño cerca de San Pablo en Roma. Damos aquí, á falta de monumento más antiguo (véase Paciaud. *De sacr. christian. baln.*, p. 58, tab. II), la reproducción de una miniatura existente en un manuscrito de la biblioteca de San Pablo de Nápoles, que representa uno de estos baños litúrgicos en la Edad Media. Se ven en él tres clérigos sumergidos hasta la mitad del cuerpo en la piscina, y acompañado cada uno de su *balneator*. En la parte superior de esta escena están dibujados dos obispos y dos monjes, que parecen presidirla.



Los edificios destinados á los baños estaban situados en el recinto mismo de las basílicas, como, por ejemplo, el que Constantino construyó, *para uso de los clérigos*, cerca de la iglesia de los Santos Apóstoles en Constantinopla (Euseb. *Hist. eccl.*, IV, 59). Los Papas, y en particular San Hilario, Adriano I, etc., Dámaso, imitaron esta conducta en Roma (Anastas., *passim*), y Teodosio concedió el derecho de asilo á esos establecimientos, como á las basílicas mismas (*Cod. Theod.*, IX, tít. 45).

A su vez los obispos los establecieron en sus respectivas iglesias. San Víctor, obispo de Rávena en el siglo VI, reparó un baño antiguo ya destinado á los sacerdotes y á los clérigos, y lo adornó con mosáicos. Anastasio II, obispo de Pavía, hizo otro tanto, y á mediados del siglo VII, San Añello de Nápoles publicó una ordenanza obligando á todos sus sacerdotes á bañarse ciertos días, llegando hasta crear un fondo para facilitarles el jabón en las fiestas de Navidad y de Pascuas. San Sidonio Apolinario (l. II, epíst. 2) hace una descripción tan exacta como curiosa de uno de estos baños que existía en la villa de Avitac, en Auvergne. En Pouzzolo se enseñan unas termas llamadas desde tiempo inmemorial *fons episcopi*, y que no son más que baños litúrgicos para los sacerdotes que debían celebrar, y también para los cenobitas, porque el uso del baño existía también entre los antiguos monjes, como lo prueban las constituciones de casi todas las órdenes primitivas (véase Paciaud., *op. laud.*, c. IX).

BARBA.—Véase el artículo *Vestidos de los primeros cristianos.*

BASÍLICAS CRISTIANAS.—I. IGLESIAS DE LAS CATACUMBAS.—Por largo tiempo se ha creído que el modelo de las primeras iglesias cristianas había sido tomado de las basílicas profanas. El estudio atento de las catacumbas de Roma ha modificado mucho esta opinión de los arqueólogos. Admitido está hoy, casi de incontestable modo, que las capillas subterráneas que frecuentemente se encuentran en aquellos sitios, y que de ordinario son, mitad cavadas en la roca, mitad edificadas, han servido de modelo á los edificios primitivos destinados al culto cristiano. Bottari había entrevisto ya esas analogías; es el primero que las ha dado á conocer (*Roma sott.*, t. III, pág. 75); y la opinión de este sabio ha sido aceptada por Séroux d'Agincourt (*Histoire de l'art. par les monum.*, t. I, pág. 26, *suiv.*), por Raoul-Rochette (*Tableau des catacomb.*, pág. 55), y por último, en estos últimos tiempos, por el P. Marchi, cuya pluma ha demostrado con toda evidencia un hecho tan interesante para el arte cristiano (*Monum. delle arti primit. Architettura*).

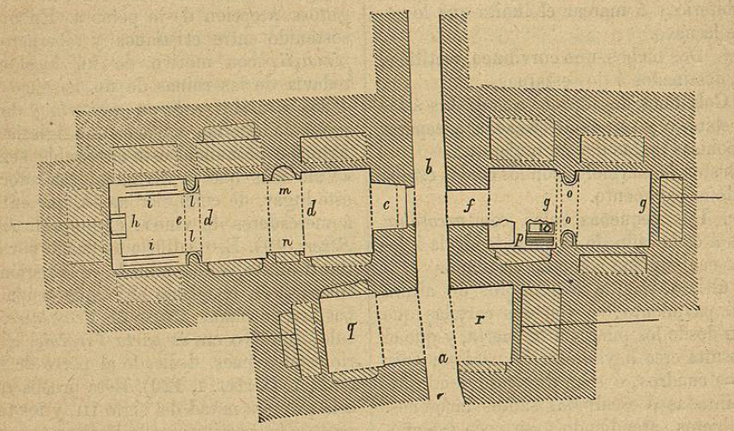
Pues si debemos dar crédito á hombres de tan indisputable competencia, el arte cristiano ha nacido, ha tenido su orígen en esas criptas sagradas; ese arte se había ensanchado con el principio de la fe, cuya inspiración se refleja en creaciones completamente originales, encontrándose así aislada de las tradiciones antiguas.

Las iglesias que se descubren en los cementerios de los cristianos y de los mártires, son de suma sencillez; algunas veces están revestidas de estuco, adornadas de pinturas, columnas, pilastras y otros ornamentos esculpidos en la misma roca. En las paredes laterales

están dispuestos paralelamente sepulcros en cuatro ó cinco filas, y aun más, según la elevación de la cripta. El *arcosolium* (véase esta palabra), que servía por lo común de altar, se presenta en el fondo del ábside, á menos que este sitio no esté ocupado por la cátedra del Pontífice, en cuyo caso, ó el *arcosolium* falta, ó se halla muy elevado, para que los santos misterios puedan ser allí celebrados (véase el artículo *Altar*).

Todavía pueden indicarse en esos pequeños oratorios varios caracteres que se han desarrollado ó modificado ligeramente en las iglesias más tarde edificadas al descubierto. Tales son, por ejemplo: el arco triunfal, el presbiterio, la *cathedra* y el *exedra*, la forma de ábside de la cabecera de la iglesia, etc. (véase Marchi, t. XXXVIII); algunas veces también se ven allí verjas delante del altar ó del *arcosolium* (véase el artículo *Canceles*). Estas capillas subterráneas tienen una elevación más superior que la de los corredores ó vías sepulcrales y que la de las simples cámaras funerarias llamadas *cubicula* (véase esta palabra); estas capillas comprenden á veces dos ó tres pisos.

El Pdr. Marchi (*Op. laud.*, pág. 184) distingue en los cementerios dos clases de iglesias: las pequeñas, que designa con el nombre de criptas (véase esta palabra), y las mayores, que llama propiamente iglesias. Estas últimas están dispuestas de manera que faciliten la ejecución de todas las ceremonias, tal como puedan hacerse en iguales sitios y en igual tiempo, y también prestarse á reuniones más numerosas, las cuales apenas podían contener setenta ú ochenta fieles. Nada daría tan acabada idea de esas iglesias primitivas, como una capilla grande descubierta en 1842 en el cementerio de Santa Inés, y cuyo plano damos á continuación con explicación detallada, tomado todo del Pdr. Marchi (XXXV, XXXVI, XXXVII).



Mas para darse cuenta exacta de la importancia de este monumento con relación á los orígenes de la arquitectura cristiana, conviene, ante todo, fijar su época; y los cálculos más seguros nos llevarán á conveniente conclusión.

Si se quiere echar una ojeada al plano particular del cementerio de Santa Inés, que va unido al artículo *Catacumbas*, se verá que nuestra iglesia, que allí figura con el número 35-35, está rodeada á corta distancia de cierto número de cámaras, *cubicula*, que parecen unirse con ella por estudiado sistema de enlace. Además, estas cámaras están adornadas de frescos que, á juicio de los sabios más prácticos en la comparación de las obras de arte de la antigüedad romana, deben remontarse casi á los últimos años del siglo II, ó al menos á los principios del III.

Es verdad que la iglesia en sí misma no tiene pinturas, y por consiguiente, bajo este punto de vista, no puede servir de término de comparación. Pero es más cierto aún, que por sus formas arquitectónicas presenta, con el estilo de las citadas cámaras, puntos de conformidad tan numerosos y sorprendentes, que no puede dejar de reconocerse el sello de la misma época, y casi podríamos decir la mano de los mismos obreros. Añadamos que si esta iglesia no hubiera sido abierta en la roca al mismo tiempo que los edificios que la rodean, fuera más tarde imposible encontrar el espacio relativamente extenso que ella ocupa en medio de esos numerosos corredores y *cubicula*, sin perturbar toda la armonía del conjunto.

Es, pues, muy probable que tenemos que habérnoslas con una iglesia anterior al siglo III.

Pasemos ahora á la explicación del plano:

a y *b*. Dos corredores opuestos que conducen uno y otro á la iglesia.

c. Puerta con umbral, jambas y arquitrabes de travertino, dando entrada á la parte más espaciosa de la iglesia. El Pdr. Marchi establece de la manera más plausible este dato interesante: que en las primitivas reuniones de

los fieles, los sexos estaban ya separados, como más tarde lo fueron en las basílicas propiamente dichas. En el espacio señalado por las letras *d d*, cree el Pdr. Marchi reconocer la sala destinada á los hombres, y la de las mujeres en el departamento *g g;* se llegaba á ellas por dos escaleras y dos corredores distintos.

e. Señala el coro ó *presbyterium;* allí es donde se colocaba probablemente un altar portátil para la liturgia, porque estando la cátedra apoyada en el *arcosolium*, éste no podía servir de altar.

f. Puerta que abre á la parte más ancha de la capilla.

h. Cátedra pontifical.

i i. Asientos de los sacerdotes y de los clérigos que acompañaban al pontífice en la liturgia, asientos en cuyo espesor están dispuestos unos *loculi* para niños.

l l. Columnas esculpidas en la roca y revestidas de estuco, destinadas á servir de adorno al presbiterio y á marcar el límite que lo separa de la nave.

m y *n.* Dos nichos, uno curvilíneo, rectilíneo el otro, destinados á dos estatuas.

o o. Columnas de adorno, semejantes á las del presbiterio y quizás destinadas á separar las diaconisas de las demás mujeres.

p. Restos de mármoles con los cuales estaba revestido el pavimento.

q y *r.* Dos pequeñas salas con *arcosolia*, abiertas á cada lado de la avenida de la iglesia, á la cual servían como de vestíbulo.

Por último, casi á dos metros de altura sobre el pavimento, se ven dos cartelas que avanzan desde los pilares á la puerta, y que el sabio jesuíta cree hayan servido para sostener pequeños cuadros, ó sean dípticos, donde estaban pintadas ó esculpidas santas imágenes. Estos objetos, atendiendo á su poco tamaño, podían cómodamente ser transportados de estos humildes lugares á cámaras más saludables, donde los conservaban en los intervalos de los oficios.

II. Iglesias construídas al aire libre en los tres primeros siglos.—Además de las capillas subterráneas de que acabamos de hablar, y donde los cristianos resguardaban sus personas y su culto durante las persecuciones, existieron simultáneamente oratorios é iglesias en los que se reunían en los períodos, á veces largos, de paz, de cuyos edificios disfrutaron durante los tres primeros siglos.

Desde luego hemos dicho *oratorios;* y entendemos por ellos esos santuarios domésticos (véase el artículo *Oratorios domésticos*) situados en el piso superior de las casas, y donde, desde los tiempos de los Apóstoles, los cristianos se reunían para la fracción del pan: así se expresan los *Actos* (I, 13; XX, 8, etc.). Estos lugares eran los comedores de las habitaciones privadas, que los cristianos, en memoria de la cena del Salvador, convertían en iglesia. Este estado de cosas duró mucho tiempo. Con respecto á Roma, lo sabemos por las actas de los mártires (*Act. S. Pontii.* Apbalus. *Miscel.*, t. II. *Act. S. Pudentianæ. etc.*), y respecto al Oriente, tenemos el testimonio de Luciano (*In dial.* φιλόπατ). Cuenta que la casualidad le había llevado á una casa desconocida, y que habiendo subido alta escalera, llegó á una pieza superior «de dorados techos, á semejanza de la casa de Menelao, descrita por Homero....., que allí había encontrado, no una Helena, sino gentes prosternadas y pálidas». En esta descripción, trazada por el númen satírico del Voltaire de la antigüedad, se reconoce sin esfuerzo una reunión de cristianos.

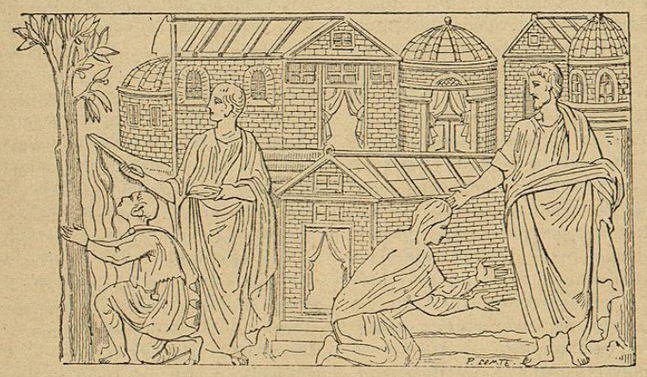
Pero estas no eran todavía iglesias propiamente dichas, y el culto celebrado en ellas, puede, hasta cierto punto, considerarse como un culto doméstico. Del reinado del emperador Severo Alejandro (de 222 á 235) data la más antigua fecha de un templo cristiano, en la rigurosa acepcion de la palabra. En un pleito sostenido entre cristianos y taberneros, *propinuarii*, con motivo de un local cubierto todavía de las ruinas de un hospicio de soldados inválidos, *taberna meritoria*, y donde los primeros querían edificar una iglesia, aquel Príncipe pronunció esta admirable sentencia: «Vale más que la divinidad sea adorada en este lugar, de cualquier modo, que entregarlo á mercaderes de vino». (Lamprid. *In Alex. Sever.*, 49). Este edificio dedicado por el papa San Calixto, estaba situado en la región transtiberina, en el mismo sitio que ocupa hoy la basílica de *Santa María in Trastevere.* Su título primitivo era *in partu Virginis.* El oratorio estaba, pues, dedicado al parto de la Virgen (A. Gerbet. I, 120). Esta prueba respecto á la primera mitad del siglo III, y los testimonios de los escritores eclesiásticos que se citan ordinariamente en este asunto, no se refieren á una época más remota. Existe en Sión, en el Valais, una inscripción del año 377, que recuerda desde entonces una reparación hecha en un edificio religioso (Mommsen. ap. Le Blant. *Inscr. chrét. de la Gaule*, t. I, pág. 649). El edificio debía, sin duda, pertenecer á uno de los tres primeros siglos. Se sabe también que, bajo el pontificado de San Siricio, en 398, la iglesia Pudenciana en Roma fué reconstruída completamente por los sacerdotes Ilicio y Leopardo (véase De'Rossi, *Bullet.* 1867, édit. française, pág. 53).

Como quiera que sea, no habían transcurrido treinta años después de la muerte de Alejandro Severo, cuando vemos á Galieno conceder á los obispos el uso, no sólo de los antiguos cementerios, sino aun el de los templos que habían sido invadidos por los paganos (Euseb. *Hist. eccl.*, VII, 13): estas iglesias, sólo en la villa de Roma eran en número de cuarenta (Optat. Milev. *De schism. Donat.*, l. II); y más tarde, Diocleciano, revocando estos actos de equidad, dispuso la destrucción de esos mismos edificios (Euseb., *ibid.*, VIII, 2). Los cristianos los habían, pues, disfrutado pacíficamente durante cuarenta y tres años, desde 260, fecha del decreto de Galieno, hasta 303, en que se dió el de Diocleciano. Las actas de San Teodoto de Ancira, martirizado bajo este Emperador, hablan algunas veces de iglesias (véase Ruinart., édit. Verón., pág. 295), y aun indican la forma de ábside en la de los Patriarcas (véase el artículo *Abside*).

Demostrado este primer hecho, faltaría conocer cuáles eran las formas arquitectónicas, y cuáles las distribuciones interiores litúrgicas de esas iglesias primitivas. Nosotros no creemos que la ciencia se halle en estado de decidirse en esta doble cuestión. Eusebio, que habla de su existencia y de su destrucción, no nos facilita ningún conocimiento sobre sus diversas formas. Sin embargo, si nos atrevemos á exponer aquí una opinión personal, como esas iglesias fueron construídas durante los siglos de persecución, es decir, casi al mismo tiempo que las de las catacumbas, ¿no se puede juzgar con fundamento que, aunque de mayores dimensiones, debieron ser modeladas con relación á las últimas, cuyas disposiciones habían sido fundadas en las conveniencias esenciales del culto cristiano? Además, debió existir un tipo prescrito por el gobierno de la Iglesia, que nada dejaba al capricho de los simples fieles.

La comparación de dos monumentos de géneros muy diferentes, nos facilitará quizá alguna luz en el asunto.

En un sarcófago del cementerio del Vaticano están esculpidas, en bajo relieve, dos iglesias cristianas (véase Aringhi. *Roma subt.*, t. I, pág. 319). Se distinguen perfectamente, sobre todo en una de las dos, la puerta y las ventanas con sus cortinas levantadas á cada lado, ornamentos habituales de las basílicas cristianas, como lo prueban multitud de textos antiguos (véase el artículo *Velos y mamparas*), la extensión longitudinal exterior de la nave, y, por último, el exedra ó concha absidal. Pues estas figuras de iglesias, cuyo modelo pertenéce, sin duda ninguna, á la más alta antigüedad (el sarcófago es del siglo IV), ofrecen una semejanza admirable con ciertas iglesias de las catacumbas. El lector podrá juzgar por sí mismo, echando una ojeada sobre la lámina XXXVIII de la obra del P. Marchi, donde se encuentra trazada la icnografía, ó sea el plano geométrico de una capilla subterránea del cementerio situado bajo la colina llamada *Salita del cocomero.*



III. Iglesias construídas desde el siglo IV, ó basílicas propiamente dichas.—La palabra *basílica* empleada para designar una iglesia cristiana, no se encuentra en ningún autor cristiano antes de Constantino. Parece que el primer nombre dado al lugar donde los fieles se reunían, fué el de *iglesia.* También autorizan á esta conclusión varios pasajes del Nuevo Testamento, y particularmente estas palabras de San Pablo (1 *Cor.* XI, 22): «¿No tenéis vosotros casas para beber y para comer ó despreciáis la iglesia de Dios?» Es cierto que Tertuliano (*De pudicit.*, IV. *De veland virgin.*, XIII), San Crisóstomo (Epist., LV. *Ad Cornel.*) y otros muchos la han empleado en ese sentido.

El vocablo *dominicum*, en griego κυριακόν, «casa del Señor», fué también usado desde muy antiguo. Procede, por lo menos, de tiempos de San Cipriano; este Padre dirige á una mujer acaudalada la siguiente queja (*De op. et. eleem.*, édit. Oxon., pág. 141): «¡Tú eres rica, eres opulenta....., y sin embargo, vienes á la casa del Señor sin ofrenda, *in Dominicum sine sacrificio venis*, y tomas una parte de la ofrenda que el pobre ha hecho!» Todavía encontramos dicho vocablo en otros Padres, especialmente en Rufino (*Hist.* I, c. 3); y San Jerónimo nos dice (*In Chronic.*, olymp. 176, an. III) que la célebre iglesia empezada á levantar en Antioquía por Constantino, y acabada por su hijo Constancio, fué llamada,

atendida su magnificencia, *dominicum aureum.* El término correspondiente, κυριακόν, se encuentra con mucha frecuencia en los concilios de Ancira, de Neocesárea y de Laodicea (véase Bingham., t. III, pág. 114, etc.). La iglesia de San Clemente, en Roma, es llamada *dominicum* en una plancha de bronce que fué suspendida al cuello de un esclavo fugitivo, cuyo dueño era Víctor, acólito de esta misma basílica, A DOMINICV (sic) CLEMENTIS (Giorgi. *De monogram. Christi.* pág. 39). Este importante monumento data, por lo menos, de la segunda mitad del siglo IV, porque después de esa época no se encuentra más el término *dominicum* en las inscripciones.

Para creer que las iglesias fueron llamadas basílicas, se han fundado únicamente en la época en que Constantino, convertido al cristianismo, concedió á los obispos varias basílicas profanas para celebrar en ellas el culto, y edificó iglesias trazadas en el mismo plano, de las cuales fueron las primeras la del Salvador, llamada más tarde San Juan de Letrán, y la de San Pedro en el Vaticano, la Sesoriana, ó Santa Cruz en Jerusalén, que data, al menos, de 313, puesto que en ese año el Papa Milciades celebró en ella un concilio para juzgar á los donatistas (De'Rossi. *Bullet.*, 1863, pág. 52.—Véase Ciampini. *De sacr. aedif.*, páginas 4 y 116). Es seguro que desde entonces todos los escritores sagrados aceptaron esta denominación, y sobre todo San Ambrosio (Epíst. XXXIII), San Jerónimo (Epíst. ad *Laetam*) y San Agustín (*De divers. serm.*, XII). Sin embargo, poco á poco los cristianos se acostumbraron á usar ese término; pues todavía vemos en 333, que el peregrino autor del *Itinerario de Burdeos á Jerusalem*, se creyó obligado á explicar, por medio de la palabra *dominicum*, el nombre de basílica que él da á la iglesia del Santo Sepulcro; esto hace suponer que el primero era todavía en esa época el más usado. *Ibi modo, jussu Constantini imperatoris, basilica facta est, id est dominicum mirœ pulchritudinis* (Cf. De Rossi. *Bullet. april.* 1863, pág. 26); «há poco que allí, por orden del emperador Constantino, se ha construído una basílica, esto es, un *dominicum* de admirable belleza.»

He aquí la definición que San Isidoro de Sevilla da de las basílicas (*Origin.*, XV, 4): «Las basílicas eran en un principio las moradas de los reyes (ó el palacio donde administraban justicia), y de ahí proviene su nombre. Hoy día los templos divinos son llamados basílicas, porque en ellos se da culto á Dios, Rey de todos, y en ellos le son ofrecidos los sacrificios,» *nunc autem ideo divina templa basilica nominantur, quia ibi regi omnium Deo cultus et sacrificia offeruntur.* Esta definición parece suponer que todo templo consagrado al culto de Dios, el verdadero Rey, βασιλεὺς (véase Henric. Stephanus, *Thesaur. ling. Graec.* verbo βασιλεὺς), debe llevar el nombre de basílica, en razón misma de este destino. Y, en efecto, no nos faltan ejemplos de modestas iglesias, y aun de simples iglesias, á las cuales se les haya dado por los autores antiguos. No citaremos más que la basílica que, según Donati (*Roma vet. et recens.*, IV, 2), había sido edificada por Constantino en el interior del palacio de Letrán, en honor de San Lorenzo y de San Teodoro, Papa. Es evidente, sin embargo, que en general este título se reservaba, bien á los templos regios por lo suntuosos, como los del Vaticano y de Letrán, ó bien á iglesias que, antes de ser consagradas al culto divino, fueron basílicas profanas.

También se ha dicho que el nombre de basílica designaba exclusivamente los templos dedicados á los mártires, y que las iglesias consagradas sólo á Dios, sin otra advocación, no recibian más que el nombre genérico de templo ó iglesia. Difícil es encontrar, á la verdad, en los escritores sagrados, *templa martyrum*, sino más bien *basilicæ martyrum*, *memoriæ martyrum.*

Parece que los Padres de la Iglesia establecen entre estos dos términos una oposición muy marcada, aplicando el nombre de templo á los edificios dedicados á las falsas divinidades, y reservando el de basílica á los cristianos. Así, leemos en la *Ciudad de Dios* de San Agustín (lib. XXII, c. 8): *Nos martyribus nostris non templa sicut diis, sed memorias sicut hominibus mortuis, quorum apud Deum spiritus vivunt fabricamus,* «respecto á nosotros, edificamos á nuestros mártires, no TEMPLOS como á dioses, sino memorias como á hombres muertos, cuyas almas viven en Dios.» También San Jerónimo marca exactamente la diferencia (*Epist. ad Ribor. advers. Vigilant.*):..... *et cum Juliano persecutore sanctorum basilicas aut destrueret, aut in templo converteret;* aquí se trata de la destrucción, por Juliano, de las basílicas, ó de su transformación en TEMPLOS. Los mismos paganos se guardaban mucho de confundirlos. En una carta de Juliano al Senado, hallamos este pasaje, que no puede ser más explícito en la materia: «He tenido ocasión de admirarme, Padres conscriptos, de que hayáis por tanto tiempo dudado en abrir los libros sibilinos, como si tratarais con una IGLESIA cristiana y no con el templo de los dioses: *Miror vos, Patres sancti, tandiu de aperiendis sibyllinis, ecclesia, non in templo Deorum omnium tractaretis.*»

El breviario romano, el 9 de Noviembre, distingue de este modo la iglesia del Salvador, *ecclesia Salvatoris*, de la basílica de San Juan Bautista (el bautisterio, según toda apariencia), *basilica sub nomine sancti Joannis Baptistæ* (véase el artículo *Bautisterio*, n. VI), edificadas una y otra en Letrán, por Constantino. Pero esta regla no era tan general, que no se encuentren los dos nombres usados indistintamente

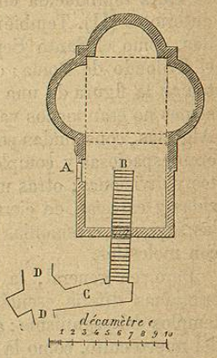
en las dos acepciones, en el misal, el breviario y el martirologio romanos (IX august.), en las obras de los Padres, especialmente en las de San Agustín (*De civit. Dei*, I, 4), de San Gregorio Nacianceno (Orat. III. *Adv. Julian.*) y de San Atanasio (*Epist. ad solit. vit. agentes*).

La frase *basílica de los mártires* no indicaba tan sólo los sitios donde se conservaban los cuerpos de los mártires, sino también aquellos donde habían sufrido el martirio, aquellos donde habían habitado, ó aun donde habían efectuado algún acto notable. En todos esos sitios, de distinto modo por ellos santificados, se permitía la construcción de basílicas. Así, por ejemplo, sabemos por Víctor de Utica (Ap. Baron. *Ad an* 261), que se erigieron dos basílicas en honor de San Cipriano, una en el mismo sitio donde derramara su sangre, otra en el lugar de su sepultura. La primera fué titulada «la Mesa de Cipriano, *mensa Cypriani*», particularidad curiosa que San Agustín ha explicado en uno de sus sermones (*De divers.* serm. CXIII). «En este mismo sitio donde se despojó de su vestidura carnal, cruel muchedumbre se había reunido para derramar, en odio á Cristo, la sangre de Cipriano: hoy, otra muchedumbre también, llena de veneración, acude allí, con motivo del *natalicio* de Cipriano, para beber la sangre de Cristo; y bebe con tanto más placer esa sangre, cuanto que Cipriano derramó allí mismo con mayor fe la suya por el nombre de Cristo. Por ultimo, como sabéis, vosotros todos que conocéis á Cartago, en este mismo sitio ha sido erigida una mesa, *mensa*, á Dios, y sin embargo, se llama *mensa Cypriani.* No quiere esto decir que Cipriano haya comido allí, sino que allí fué sacrificado, y por este sacrificio él ha preparado esta mesa, no para que en ese sitio se celebren festines, sino para que en él se ofrezca un sacrificio al mismo Dios á quien él se había ofrecido. Y he aquí el motivo de que esta mesa, que pertenece á Dios, sea llamada la mesa de Cipriano: así como se encuentra ahora rodeada de devotos, así el mismo Cipriano fué, en otro tiempo, cercado por sus perseguidores. En este momento, esa mesa es honrada por sus amigos que suplican; entonces Cipriano fué herido por sus enemigos que rugían: en fin, allí donde ella ha sido levantada, allí fué él sacrificado».

También se dió, entre los Griegos principalmente, el nombre de basílica á la puerta principal de las grandes iglesias, βασιλικὴ πύλη, «puerta real». Esta puerta juega importante papel en las ceremonias de la Iglesia, y sobre todo en las penitencias. León Allacio, citando lo típico, menciona á menudo las puertas basílicas: «Hasta en las puertas basílicas» (página 12), «y entró por la puerta basílica» (página 13). «Como ellos empezaban la santa misa, el Emperador permanecía delante de la puerta basílica, suelto el cinturón, quitadas las sandalias y la cabeza desnuda.» Ha dicho en otra parte, en las *Expiaciones* (pág. 33): «Las que hubiesen tomado brebajes para matar á su hijo en su vientre, harán penitencia seis años, dos llorando fuera de la iglesia, y los tres restantes en las puertas basílicas.»

IV. Según los datos bastante numerosos que nos han conservado algunos autores antiguos, y en particular Eusebio y San Paulino de Nola, los modernos han discutido mucho sobre la forma y las disposiciones de las basílicas primitivas; pero esta materia está todavía hoy llena de confusiones, y ha dado lugar á las opiniones más contradictorias.

A pesar de los recientes y como providenciales descubrimientos que vienen á proporcionar inesperada luz en la cuestión, levantando una punta del velo que la envolvía en la obscuridad, y los elementos que ellos nos suministran, nos obligan á dividir en dos clases las basílicas construidas al aire libre desde la pacificación de la Iglesia.

A. La primera clase comprende ciertas iglesias de escasas dimensiones que estaban esparcidas en la campiña romana y asentadas sobre las nuevas escaleras que la desaparición del peligro había permitido construir ostensiblemente á la entrada de los principales cementerios, á fin de facilitar á los fieles entrada más fácil. La existencia de esta especie de monumentos, vagamente indicada en los escritos contemporáneos, ha llegado á ser hoy día un hecho con claridad demostrado, gracias á la sagacidad del Caballero De'Rossi, cuya vista sagaz y ejercitada supo, hace pocos años, reconocer, en la Vía Ardeatina, una basílica de este género, bajo las alteraciones y superfetaciones que ha debido experimentar quizá durante muchos siglos. Entonces servía de bodega, y hoy, completamente limpia de escombros, sirve de depósito de los mármoles escritos y de otros objetos cristianos que cada día se descubren en el cementerio de San Calixto. A continuación damos el plano.

Ilustrado por esta juiciosa iniciativa, que fué para él como una revelación, el P. Marchi se trasladó á aquellos sitios, y con ayuda de su joven guía, no tardó en reconocer una segunda basílica no lejos de la primera, y colocada en las mismas condiciones. Los profundos estudios hechos después por M. De'Rossi, le han revelado la verdadera advocación de la primera de estas dos basílicas, que era á San Sixto y á Santa Cecilia, porque estaba construída encima de la cripta